

de los mil doscientos sesenta años, y los dos mil trescientos años del libro de Daniel.

«¿Quién podrá estar en pie?» (Salmos 24:3) «El de manos limpias y corazón puro; el que no ha elevado su alma a cosas vanas, ni jurado con engaño. Él recibirá bendición del Señor, y justicia del Dios de su salvación» (Salmos 24:4-5).

8. La Obra del Sellamiento

El séptimo capítulo del libro de Apocalipsis continúa la descripción de los eventos que tienen lugar bajo el sexto sello. Ya se han visto las señales que la profecía predijo que aparecerían en los cielos. Los hombres no solo fueron testigos de los fenómenos, sino que desde 1844, y desde entonces, estas cosas han sido reconocidas como señales de la segunda venida del Hijo del hombre y, como tales, han sido predicadas ante todo el mundo. Cuando el Salvador estaba dando las señales por las cuales los hombres sabrían del acercamiento de la segunda venida, Él menciona, además de la extraña aparición en los cielos, «angustia de las naciones en la tierra, con perplejidad». Esta angustia de las naciones sigue a la caída de las estrellas, y como es el tema con el que se introduce el séptimo capítulo de Apocalipsis, sitúa ese capítulo, considerado cronológicamente, entre los versículos trece y catorce del sexto capítulo de Apocalipsis.

«Después de estas cosas», es decir, después de la ocurrencia de las señales mencionadas en Ap. 6:12, 13, «vi cuatro ángeles de pie sobre los cuatro ángulos de la tierra, que detenían los cuatro vientos de la tierra». La visión del cielo que tuvo Juan había abierto a su mente el funcionamiento del gobierno de Dios, y la obra de los ángeles le fue revelada mientras observaba cómo se soltaban los sellos. «¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?». Los ángeles que sobresalen en fuerza cumplen los mandatos de Jehová, escuchando la voz de Su palabra. Gabriel, el ángel de la profecía, no es de ninguna manera el único que tiene una tarea específicamente asignada. A Juan se le muestran cuatro de estos seres celestiales,

de pie en los cuatro ángulos del globo, deteniendo los vientos para que no soplaran. Los vientos simbolizan guerra o contienda. Ha habido más de una guerra en el pasado, así como más de un día oscuro; pero en un período determinado de tiempo, debería haber una angustia de naciones que difiera de todas las anteriores dificultades internacionales.

En la apertura del quinto sello, cuando la iglesia como iglesia salió de la Edad Oscura, dos grandes principios nacidos de la Reforma, y que acortaron el poder perseguidor, finalmente hicieron imposible el martirio. Estos dos principios surgieron entonces bajo los nombres de Protestantismo y democracia. El Protestantismo, representando la fase religiosa de la sociedad; la democracia, o el principio que reconoce los derechos iguales de toda la humanidad, representando el gobierno civil. En otras palabras, los resultados de la Reforma del siglo dieciséis no se vieron solamente en la organización de las iglesias protestantes; sino que hubo al mismo tiempo una protesta contra la monarquía absoluta que había dominado durante mil años. Bajo estas condiciones, la salvación de la causa exigió un nuevo suelo para el cultivo de la libertad. Para este propósito, Dios ya había abierto América y el sur de África. Las colonias sudafricanas no supieron aprovechar sus oportunidades, pero en América tanto el Protestantismo como la democracia —la libertad de culto y la igualdad de derechos de los hombres en los asuntos civiles— florecieron y dieron fruto en la Constitución de los Estados Unidos. Durante la primera mitad de la existencia de esta nación, fue observada con ojo muy crítico por monarcas y estadistas de Europa. Pero a medida que el gobierno se fortalecía y se añadía un estado tras otro; a medida que sus ministros recibían reconocimiento en cortes extranjeras; y a medida que sus productos eran buscados en mercados extranjeros, la gente de los gobiernos europeos vio que la democracia ya no era un experimento, sino una posibilidad.

Había inquietud en Europa. Desde los días de Napoleón, Francia estaba dividida en sus opiniones, y el deseo de un gobierno representativo se hizo patente más de una vez. Cualquier manifestación por parte de los súbditos en todos los países europeos era celosamente observada por los soberanos, y todos

los levantamientos eran reprimidos con una severidad inusual. Los elementos se estaban reuniendo para una tormenta, se oían los débiles murmullos de truenos distantes; sin embargo, cada gobernante intentaba convencerse de que su trono estaba seguro. Francia, afortunada o desafortunada, según se elija ver el asunto, parece, sin embargo, haber sido el centro desde donde comenzaron las olas de conmoción. En 1830, el ministerio francés, temiendo que la Cámara de Diputados estuviera ejerciendo demasiada autoridad, emitió una ordenanza declarando ilegales todas las elecciones recientes, restringiendo el sufragio y limitando la libertad de prensa. Este acto fue respondido con violencia popular, y resultó en el derrocamiento del monarca reinante y la entronización de un nuevo rey francés, quien, por haber sido coronado por las clases medias, fue llamado el «rey de los ciudadanos». El nombre era significativo. La gente común estaba llegando al poder, y si las naciones hubieran seguido las indicaciones de la Providencia, podría haber habido, en los años siguientes, una reorganización pacífica de Europa. En cambio, sin embargo, la gente, especialmente de los países y provincias dependientes, fue oprimida. Pero el levantamiento francés tuvo su efecto. «En Sajonia y en los estados menores de Alemania, los disturbios fueron consecuentes con las noticias de la revolución de París». En Polonia hubo un levantamiento, resultado del movimiento en París. Un resultado atribuible al problema francés ocurrió en el año 1832, cuando «ocho mil polacos fueron enviados a Siberia». En Alemania, la unidad fue predicha por la formación de la unión aduanera entre 1828 y 1834. Se produjeron levantamientos en Italia, exigiendo independencia y unidad. En 1833 se abolió el sistema de esclavitud en las colonias británicas. En 1837 Victoria se convirtió en gobernante de Inglaterra; y la derogación en 1846 de las Leyes del Maíz, que imponían aranceles a los granos importados, fue un presagio de la creciente liberalidad del gobierno británico. Los eventos podrían multiplicarse para mostrar la aguda división entre aquellos que favorecían los derechos populares y aquellos que aún luchaban por el derecho divino de los reyes.

La presión interna se hizo mayor. Todos reconocían que pronto debía alcanzarse algún acuerdo. El clímax llegó cuando, en 1848, la violencia popular estalló de nuevo en Francia. Durante dos años había habido escasez de alimentos, y el populacho se rebeló contra toda autoridad. El rey, Luis Felipe, abdicó y escapó a Inglaterra. Excepto por el valor y la firmeza de unos pocos estadistas franceses, que dirigieron los asuntos durante este período crítico, las escenas de la Revolución de 1789 se habrían repetido. Los soldados confraternizaron con la multitud. Solo gracias a la gestión más sabia se evitó un Directorio socialista. En cambio, prevaleció la moción para un gobierno provisional. Se adoptó una constitución que preveía un presidente que serviría por un período de cuatro años. Luis Napoleón fue elegido primer presidente de la nueva República Francesa. Este fue el trascendental año de 1848. Judson, en su obra titulada «Europa en el Siglo XIX», dice que esta revolución «fue como un fósforo encendido que tocó la hierba seca de la pradera después de una sequía. Las llamas se extendieron de inmediato por todo el continente». En Alemania «se instalaron nuevos ministerios que se comprometieron con una política liberal». Prusia y Austria fueron profundamente perturbadas por el movimiento de libertad y unidad nacional. En Alemania, casi quinientos hombres se reunieron, decididos a organizar un gobierno provisional. Los disturbios en Prusia obligaron al rey a jurar mantener una nueva constitución. Hungría y Viena se sublevaron, y esto proporcionó la ocasión tan codiciada para que los italianos se librasen del dominio austriaco. Así, en un breve período de tiempo, muchas coronas de Europa se sometieron a la gente.

En medio del tumulto y la contienda, llegó una calma repentina. Nadie podía asignarle ninguna razón. Como las aguas turbulentas de Genesaret cuando Cristo pronunció paz en medio de la tormenta, el tumulto y la confusión cesaron. Los cuatro ángeles habían sido estacionados en la tierra para detener los vientos de la contienda hasta que los siervos de Dios pudieran ser sellados. Europa había sido agitada hasta que el poder de una monarquía absoluta fue prácticamente cosa del pasado. Ahora había una oportunidad para el *florecimiento* de los principios de la

Reforma. La obra final en la tierra será una continuación del movimiento puesto en marcha cuando se rompió la oscuridad de la Edad Media. Dios ha preparado la tierra para la rápida propagación del Evangelio, y la obra del sellamiento está ahora en marcha.

«Vi a otro ángel que subía del oriente, teniendo el sello del Dios vivo; y clamó a gran voz a los cuatro ángeles,... diciendo: “No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios”». Las naciones están representadas como siendo contenidas por los ángeles del cielo hasta que los siervos de Dios sean sellados. Los hombres se preguntan: «¿Qué es este sello colocado en las frentes por el cual Dios reconoce a Sus siervos?». El pueblo escogido de Dios es siempre un pueblo peculiar; son llamados a ser una nación de reyes, un real sacerdocio, que muestren las virtudes de su Comandante. Jehová no mira la apariencia externa, sino que pesa el carácter, y pone Su sello en aquellos cuyos corazones son rectos hacia Él. Cuando Abraham fue llamado a convertirse en el fundador de una nación, Dios le dio «la señal de la circuncisión, como sello de la justicia de la fe que tenía». A la descendencia de Abraham, que vive en el tiempo del fin, el mismo Dios da una señal, o sello, de la justicia de la fe que tienen. Este sello no viene por orgullo jactancioso o auto-supremacía, sino por simple fe en las promesas de Dios, como un niño aprende de su madre. Cristo, mirando al cielo, dijo: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños». Esta señal o sello, es una revelación directa de Dios, a aquellos que aceptarán con la fe de un niño pequeño. «Porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos». Lo que solo el Padre y el Hijo pueden revelar es un conocimiento de Dios, y este conocimiento de Dios, es el sello colocado en las frentes de la generación escogida. A esto, Pablo testifica con las palabras: «El fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son Suyos». El sello, entonces, es el conocimiento del Dios verdadero, y esto, Jehová lo ha puesto en Su sábado. «Santificad mis sábados, y sean por señal entre mí y vosotros, para que sepáis que yo soy Jehová

vuestro Dios». «Y les di también mis sábados, para que fuesen por señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy Jehová que los santifico». Este sello es una señal de santificación, y es una señal para siempre. «Vosotros guardaréis mis sábados; porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones». De nuevo dice: «Señal es para siempre entre mí y los hijos de Israel; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó y descansó». Este fue un descanso espiritual, porque «Dios es Espíritu», y no conoce descanso sino el descanso espiritual. El descanso, la bendición y la santificación del sábado de Jehová son todos espirituales, y solo aquellos que viven en una condición simbolizada por el primer sello pueden descansar como Dios descansó. Tales, y solo tales, tienen un conocimiento de Dios. El sello colocado en la frente por el ángel no puede ser leído por el hombre; solo Dios y los seres celestiales pueden leerlo. Por esta razón, ninguna ley civil puede hacer cumplir la observancia del sábado. El hombre puede guardar la forma un día de cada siete, pero solo un conocimiento de Dios puede dar el sello en la frente. Cristo fue un comentario vivo sobre la verdadera observancia del sábado, y las cosas que hizo en ese día revelan la mente de Dios hacia los hijos de los hombres. «El séptimo día es sábado para Jehová tu Dios». «Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó».

En estos textos, el día en que Dios reposó, y que Él posteriormente bendijo y santificó, se declara claramente que es el séptimo día. Y desde ese séptimo día en que Jehová reposó, todos los futuros séptimos días llevan en sí la bendición y la santificación. El uso de la palabra *sello* dirige la mente a un documento legal. Cuando el sello de un gobernante se adjunta a un documento legal, ese sello contiene el nombre de la autoridad, su derecho a gobernar y el territorio sobre el cual gobierna. Todas estas características se destacan en el sello contenido en la ley de Dios. Hoy en día, el sello suele colocarse, ya sea al principio o al final del decreto o la ley; pero en la ley divina se coloca en el centro, para que nada pueda ser quitado ni añadido. El cuarto mandamiento dice: «Acuérdate del día de

reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna. ... Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó». Aquí residen las tres especificaciones de un sello: primero, el nombre —Jehová tu Dios—; segundo, la autoridad —Creador—; tercero, la extensión del territorio —los cielos y la tierra—. Quítese este mandamiento del Decálogo, y no contendría ningún sello. El derecho de Dios a gobernar reside en el cuarto mandamiento, y el sello se colocará en las frentes de aquellos que así conocen a Dios. El conocimiento del poder creador y redentor de Dios es revelado por Cristo en el cuarto mandamiento del Decálogo.

En 1848, el Ángel del Oriente llamó a los cuatro ángeles para que detuvieran los vientos de la guerra hasta que los siervos de Dios fueran sellados en sus frentes. Desde 1848, en la tranquilidad que ha prevalecido entre las naciones, la luz sobre el sábado de la ley de Jehová ha estado llegando a cada nación de la tierra. Comenzó suavemente como el sol naciente; hoy brilla con la claridad de los rayos del mediodía. Miles, en todos los rincones del globo, testifican de la salud salvadora en la observancia del sábado.

El número de los siervos de nuestro Dios se está completando ahora. «Oí el número de los sellados: ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel». El carácter solo es la base de la obra del sellamiento. La promesa de la nueva tierra fue hecha a Abraham, Isaac y Jacob; pero los descendientes literales de estos patriarcas no lograron desarrollar un carácter que les permitiera tener un sello del Dios vivo, y fueron rechazados como nación. Entonces los gentiles, como ramas de un olivo silvestre, fueron, contra la naturaleza, injertados en la raíz judía; y aquellos que dan fruto para justicia participarán de la herencia prometida una vez a los judíos de la carne. Los lugares en las doce tribus, que podrían haber sido ocupados por los descendientes directos de Abraham, serán ocupados por hijos por adopción. La atención de todo el cielo se dirige hacia esta obra de sellamiento; porque cuando termine, el plan

de redención estará completo. Los ciento cuarenta y cuatro mil están divididos en clases llamadas por los nombres de las doce tribus de Israel. Estos son nombres de carácter, y quienes desarrollan el carácter, serán clasificados bajo la tribu que lleva un nombre que indica ese carácter. Para ilustrar; «Isacar, asno fuerte que yace entre dos cargas; y vio que el descanso era bueno, y que la tierra era deleitosa; y sometió su hombro para llevar, y llegó a ser siervo bajo tributo». Aquí se describen a los que llevan cargas. Aquellos que, mirando hacia el futuro hogar prometido, están dispuestos a postrarse a menudo bajo pesadas cargas; y como el asno paciente, incluso soportar dobles cargas, para que la causa de Dios prospere. Son libres y felices en este servicio; y la causa de Dios nunca avanzaría en la tierra si no fuera por estos leales portadores de cargas —estos fieles Isacares—, que pasan sus vidas «echados entre dos cargas», mientras que, quizás, cerca están los representantes de Neftalí, que no llevan cargas. «Neftalí, cierva suelta, que pronunciará dichos hermosos». Libre y alegre, ve mil lugares donde puede pronunciar buenas palabras y se apresura a dar una mano, algo que los representantes de Isacar, agobiados por sus pesadas cargas, nunca verían, ni Dios espera que lo hagan. Todos son necesarios para completar el número. Que el portador de la carga no piense que, por llevar las cargas pesadas, es el más importante. Es solo una duodécima parte del todo. Una compañía representará a Leví, cuya vida pareció un fracaso a causa del pecado; y, sin embargo, mediante la victoria en Dios, los levitas se convirtieron en maestros en Israel. Y del inestable Rubén se dice: «Viva Rubén, y no muera». Él se convirtió en la «excelencia en dignidad, y la excelencia en poder». Judá representa a los líderes, aquellos ante quienes los demás se inclinan. Cada fase de la obra está representada, y el nombre de cada tribu se colocará en una de las puertas de la ciudad de Dios. La tribu de Dan se omite en el conteo final, y se dan dos porciones a la familia de José para completar las doce. De Dan se dijo: «Dan juzgará a su pueblo, como una de las tribus de Israel. Será Dan serpiente junto al camino, víbora junto a la senda, que muerde los talones del caballo, y hace caer hacia atrás al jinete». En otras palabras, se convirtió en un calumniador, un crítico cruel. El don destinado a ser una bendición, cuando se pervirtió, se convirtió en un daño, causando la

caída de otros. El crítico cruel, el que siempre detecta el mal en los demás y lo menciona primero, tiene el don del juicio mal dirigido. Ninguno que persista en esta obra podrá entrar jamás en el reino de los cielos; porque el «acusador de nuestros hermanos» fue arrojado del cielo una vez, y ni él, ni sus representantes, volverán a entrar por sus resplandecientes portales.

Una vez más, al profeta Juan se le mostró el fin del sexto sello. Las criaturas del amor de Dios fueron reunidas de todas las edades. Una innumerable compañía de los redimidos fue vista de pie ante el trono y ante el Cordero. Estaban vestidos con las vestiduras de la justicia de Cristo; pero a lo largo de la eternidad, recordarán que tanto las vestiduras como las palmas son el resultado del sacrificio del Hijo de Dios. Con una sola voz, el cántico resuena en el cielo: «La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero». La hueste redimida canta el cántico de su experiencia; y los ángeles que están familiarizados con cada individuo, los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes que han tenido una experiencia similar, responden al poderoso coro.

Luego, como para llamar de nuevo la atención sobre la pequeña compañía que más ha sufrido, un anciano, señalando a los ciento cuarenta y cuatro mil, dijo: «¿Quiénes son estos vestidos de ropas blancas? ¿Y de dónde han venido?». Él mismo responde a su pregunta, diciendo: «Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas y las han emblanquecido en la sangre del Cordero». El Salvador mismo fue perfeccionado mediante el sufrimiento, y, como hombre, ganó el lugar en el trono junto al Padre; porque venció. La vida de los ciento cuarenta y cuatro mil se representa en las experiencias de los apóstoles que vivieron más cerca del Salvador cuando Él estuvo en la tierra. Porque han vivido como Él vivió, y han pasado por las pruebas que Él soportó, y Satanás se ha visto obligado a reconocer que no encontró nada de su propia naturaleza en ellos, «por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos».

Antes de la rebelión en el cielo, Lucifer era un querubín protector, que estaba siempre en la presencia de Dios. En su caída se llevó consigo a una multitud de ángeles. El lugar una vez ocupado por Satanás y sus ángeles será llenado por los ciento cuarenta y cuatro mil, cuando se reúnan por fin alrededor del trono, donde servirán a Dios día y noche en Su templo, con Dios mismo morando en medio de ellos. Esta es su recompensa por el hambre y la sed soportadas en la tierra. Forman la guardia personal de su Salvador, y Él los guía a la fuente de aguas vivas. Aquellos que en la tierra se aferraron al conocimiento de Dios cuando el mundo se entregó a la idolatría, tienen una infinidad de verdad que aprender y edades interminables para el crecimiento y el desarrollo. «El temor de Jehová es el principio de la sabiduría». Ese principio se estableció aquí en la tierra, cuando, para ser fieles al conocimiento de Dios, los hombres a menudo sufrieron hambre y sed, tribulación y persecución. Pero el que persevera como viendo al Invisible — el Cordero, que está en la presencia de Dios— un día será lleno del conocimiento del Señor. En ese día, las lágrimas de la tierra serán enjugadas por las alegrías de la eternidad. «No tendrán más hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno». En la tierra han sentido el calor de los rayos del sol, y aunque, después de la restauración, la luz del sol es siete veces más brillante que en la actualidad, la pequeña compañía está tan cerca del trono, y tan envuelta por la intensa luz del Padre y del Hijo, que la luz del sol ya no es perceptible. La aparición de un ángel en la tierra deslumbró los ojos de la guardia del centurión en la tumba del Salvador, y cayeron como hombres muertos. La luz es el resultado de una abundancia de vida. ¿Cuál debe ser la pureza de aquellos que participan de la divinidad hasta tal punto que caminan en la misma presencia del Creador?

Estos son redimidos de entre los hombres. Vienen de la última generación, — esa raza que está casi extinta debido a la prevalencia de enfermedades y el pecado. Pero la sangre del Cordero es todopoderosa, y los coloca junto al trono. «Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia». El amor incomparable de Cristo, ¡quién puede comprenderlo!

